

Le devolvió el mate, antes que ella diga eso de que le subió la fiebre y no despertó. Un poco antes de que se acercara y tocara su pollera, y entre toda esa lana las yemas de los dedos se convirtieran en agua, y fueran suaves, aunque tuviese ya las manos duras de la cosecha. Antes que chistara por la chancha porque había querido entrar, mostrando su lomo sucio entre la cortina rasgada que hacía de puerta. Un chistido suave que la chancha no obedeció, pues quedó entre la cortina; sin salir, sin entrar. Mientras su mano se desprendía de la pollera, como deshilachándose, y buscaba contar ese viaje trunco; por qué había viajado, justo ahora a la cosecha, a la provincia. El algodón siempre escaseaba y conchabarse era un preguntar todo el tiempo, arrimarse a saludar, recordar nombres de gente que ya estaba bien muerta, inventar una cara conocida y volver, tal vez, casi sin nada; hasta que cruzó la chacra de un gringo viejo, que estaba en la puerta de su rancho, bajo la sombra de un alero, más arruinado que su campo. Y lo recibió carraspeando: ayuda un poco, sí, que ando necesitando, vio. Y consiguió trabajar, como un bruto con el ruido constante de las chicharras como si fuese un silencio enfermo. Él solo con dos tobas. Uno mudo que tendría la edad misma del Chaco. El otro un desconfiado. Lo miraba feo, de reojo. Igual nunca hubo vino y nadie pudo pelearse pero el día que se iba se arrimó al galpón por sus cosas y no se aparecieron; después el viejo le dio un dinero pobre y se anduvo callado porque tampoco llegó a entender ese sentimiento amargo; guardó el jornal en el bolsillo trasero y volvió. Volvió en un camión de prestado, con otros más. Bajaba cansado, con ganas. Los huesos dolían. Por eso entró y se sentó y mateó en silencio, para volver el cuerpo en sí. Mateó hasta que luego de apretarse a la pollera, como enmarañándose entre sus dedos, preguntó por el chico, el nuevito, el que no conocía. Ahí la mujer dijo aquello de que le había subido la fiebre y no despertó: que cambió la yerba que seguimos mateando. Y la chancha, antes sin salir, sin entrar, se perfiló finalmente a la basura; a olfatearla, a masticar. Él la miraba atento; su lomo sucio, su piel rosada; pero no chistó. Le surgía un hambre antigua. Con el gringo sólo había tomado mate, y mate y mate. La mujer pudo entender pronto porque dijo, cambiando la yerba, no te preocupés, no te hagas mala sangre, que en unos días ya se vende.